

Gayatheddin Massud (1224) se produjo el desmembramiento del de los Seljúcidas.

Convertido entonces en príncipe independiente del país situado en rededor del Olimpo, repartió el gobierno entre los más valientes de los suyos, y edificó á Yenischer (*ciudad nueva*), que fué la capital de un reino de cerca de una jornada de estension. Hizo recitar su nombre en las oraciones, acuñar moneda, percibir derechos sobre las mercancías. Varias plazas mal defendidas por los mercenarios al servicio de los griegos, desde que Miguel Paleólogo había reducido su paga, cayeron en su poder; saqueó á Chio y otras islas de este mar, y se adelantó hasta Nicea, cuyas fuertes murallas no se atrevió sin embargo á atacar. Habiendo sabido antes de morir que los suyos se habían apoderado de Brusa (*Prusa*) (1326), quiso ser enterrado en esta capital de la Bitinia. Toda su herencia consistió en una cuchara, un salero, un vestido galoneado, un turbante de tela nueva, algunas banderas rojas, hermosos caballos, algunos pares de bueyes y rebaños.

Su sucesor Orkan estableció su residencia en Brusa, de donde estendió sus conquistas, al paso que Aladino su hermano y visir mejoraba la administracion y redactaba los estatutos (*kanum*), que con el Coran, la Sunna y las decisiones de los cuatro grandes imanes, fueron el cuarto origen del derecho político de los otomanos. Conciernen á las monedas, al traje y al ejército. La moneda tomó el nombre de Orkan. Para distinguirse de los griegos que llevaban por adorno en la cabeza tocadas bordadas de oro, y de los turcomanos que hacían uso de gorros de fieltro rojo ceñidos con turbantes de color, los adoptaron los musulmanes de fieltro blanco. Compúsose el ejército de infantes á sueldos, fuerza permanente establecida un siglo antes del rey de Francia Carlos VIII, y reclutada entre los mancebos arrebatados á los cristianos, y designados bajo el nombre de genízaros (*tropa nueva*). Esta fué la medida más política de los turcos, al mismo tiempo que la más perversa; ella los hizo temibles á todas las potencias en una época en que ninguna de ellas poseía aun infantería regular y capaz de hacer frente; tanto más cuanto que ajena á la familia y á la patria, combatía por su bandera. Los genízaros enarbolaban un estandarte rojo, con la media luna de plata, y la espada de dos filos de Omar; era en rededor de la marmita comun donde se reunía en consejo. Primero en número de mil, ascendieron á doce mil en tiempo de Mahomet II, á veinte mil en tiempo de Soliman, y al doble en el reinado de Mahomet IV. Entonces fueron poderosos hasta que los hemos visto esterminar en nuestros días en la plaza de Atmeidan (6).

La antigua infantería (*piade*) tuvo tierras en lu-

(6) Otros atribuyen al sultan Amurates I, en 1362, la institucion de los genízaros como pronto veremos.

gar de sueldo, con el cargo de allanar los caminos para el paso del ejército. Había además los asabes (es decir, libres), ó infantería irregular, y los akinges ó exploradores á caballo. La caballería regular formaba cuatro cuerpos (*sipahi*), á los cuales se dió el estandarte rojo, que fué el color de los otomanos; como el amarillo era el de Mahoma, el verde el de los Fatimitas, el blanco el de los Omíadas, el negro el de los Abásidas, el azul el de los Sofís de Persia.

A la cabeza del ejército organizado de esta manera, Orkan atacó á Nicea, caída en poder de los griegos desde que Teodoro Lascaris había hecho de ella la capital de su imperio. El hambre y la peste le ayudaron á apoderarse de ella (1333); y como en Brusa, estableció mezquitas, escuelas, cocinas para los pobres, caravan-serrallos para los viajeros y celdas para los derviches.

Aquí da principio para no interrumpirse más la serie de relaciones, tan pronto pacíficas, tan pronto hostiles, entre los otomanos y los griegos. Andrónico el Joven se alió con Orkan. Cantacuzeno le da por esposa á una de sus hijas, y los turcos combaten unas veces en union de los griegos contra los servios, otras contra los griegos en union de los genoveses, tratando de hacer botin en uno ú otro caso, y aprendiendo á conocer la debilidad del imperio. El italiano Facciolati, gran almirante de la flota griega, entregó Constantinopla á Orkan (3 febrero de 1347), que entrado dentro de sus muros sin efusion de sangre, protestó de su fidelidad para el emperador Paleólogo, con quien casó á su hija. Proclamóse entonces una amnistia, y ambos competidores convinieron en reinar juntos, bajo la condicion de que durante todavía diez años, el más joven se sujetaría al parecer del otro.

En las fiestas que se celebraron en esta ocasion, se hizo uso de vidrio en lugar de diamantes, de vasos de estaño y cobre en lugar de vajilla de plata, habiéndose todo reducido á numerario en las últimas guerras. Esta paz fué tambien efimera, porque ambos partidos continuaron agitando, descontentos los unos por haber sucumbido, los otros por haberse disminuido su victoria, sin encontrar una indemnizacion por la pérdida de sus bienes y tranquilidad. A medida que envejecía Cantacuzeno, Paleólogo llegaba á la fuerza de la edad y se indignaba por el freno con que su colega había querido moderar sus vicios; después estimulado por sus cortesanos, le declaró la guerra. Encontráronse los búlgaros y turcos mezclados en sus querellas hasta que Cantacuzeno, por filosofía y religion, como él afirma, ó por que no le quedase otro recurso, abdicó la corona (1355) y se retiró á un claustro, donde vivió aun veinte años santa y literariamente. Salíó por momentos para pronunciar palabras de paz y perdon, pasando el resto de su tiempo en escribir la historia de los cuarenta años que habían trascurrido desde la insurreccion de Andrónico el Joven hasta su propia abdi-

cacion. Estos acontecimientos están referidos, como pueden serlo, por uno de los actores principales, con inteligencia y sentimiento, pero tambien con mucho amor propio y gran ostencion de virtud aun cuando eran intrigas de ambicion y síntomas de decadencia.

Empleó Cantacuzeno tambien en su retiro, el arma del silogismo contra los judios y musulmanes, y sostuvo con calor la cuestion más pueril que haya producido la sutileza sofística de los griegos. Las opiniones de la India, que hacían consistir el colmo de la felicidad y de la sabiduria, en aislarse de los sentidos y en meditar, haciendo abstraccion de toda cosa terrestre, había penetrado entre los monges del monte Athos. En tiempo del reinado de Andrónico el Joven, el monge calabrés Barlaam (1300-48), que se había retirado á aquellas soledades, puso en ridículo su quietismo. Muchos de ellos persistieron aun en creer que la luz era la esencia inaccesible de la Divinidad, y Gregorio Palamas explica que consistía en una luz eterna, semejante á la que se apareció á los discípulos de Cristo cuando se trasfiguró. Esta distincion de ambas sustancias eternas, la una visible y la otra invisible, pareció una blasfemia, y acaloróse la cuestion. Llevada por Barlaam á la corte de Bizancio, envenenó las guerras civiles; eleváronse ó depusieronse patriarcas segun el grado de fe en esta nulidad incomprendible; en fin, un sínodo presidido por el emperador Cantacuzeno, estableció como artículo de fe, que la luz aparecida sobre el Tabor era increada.

Habían conservado los genoveses el arrabal de Galata, como vasallos del imperio, al cual prestaba su podestá juramento antes de entrar en ejercicio, y estaban obligados en casos de guerra á proporcionar cien galeras y pagar la mitad de los gastos. Pero fuertes con la debilidad de los griegos, se hicieron arrogantes; vanagloriase un marino de que sus compatriotas no tardarian en ser dueños de la capital, y dió muerte al griego que le reprendió por ello; otro rehusó el saludo de las armas pasando delante del palacio. Como habitaban, sin embargo, un arrabal sin defensa exterior, quedaba bajo el golpe del poder legal de los emperadores, expuestos al mismo tiempo á las violencias de los venecianos que los atacaron una vez, y que, habiéndolos forzado á refugiarse en Constantinopla, incendiaron sus habitaciones. En consecuencia, los genoveses habían pedido que les fuese permitido rodear á Galata de murallas. De allí recorriendo el mar Negro, vendían á los griegos los trigos de la Ucrania, el cabial y el pescado del Palus Meótides, é iban á cargar á los puertos de la Crimea las especias y pedrerías de la India, que eran llevadas allí por las caravanas. Venecia y Pisa se veían obligadas, aunque contra su voluntad, á doblar la cabeza; y las fortalezas construidas en todas las factorías eran temibles para los europeos, no menos que para los tártaros.

Cuando Cantacuzeno fué proclamado emperador, los genoveses eran más dueños de Constantinopla que los griegos, é insultaban á la majestad del emperador; batieron su escuadra, bloquearon su capital, y el emperador no pudo conjurar el peligro sino con forzadas concesiones y después aliándose con los venecianos (1351). Las escuadras de ambas repúblicas teñían estos mares de sangre; Nicolás Pisani, que mandaba las fuerzas navales combinadas de los venecianos, griegos y aragoneses, fué derrotado en la isla de Protis por Paganino Doria. El almirante genovés insultó á Cantacuzeno hasta en su palacio, forzándole á firmar un tratado por el cual el emperador concedía á los súbditos de la república todos los privilegios arrebatados á los venecianos y catalanes (13 febrero de 1352). Génova no se hubiera detenido en esto, si las facciones interiores no hubieran comovido su poder hasta el punto de reducirlo á someterse á una dominacion extranjera.

Durante esta guerra y la civil, los otomanos habían sido llamados de nuevo á Europa. Soliman bajá, hijo de Orkan, habiendo derrotado á los búlgaros y servios, se presentó delante de Constantinopla, cargado de botin y lleno de orgullosa seguridad. Una noche que estaba sentado á la claridad de la luna en las ruinas de Cízico en la Misia, había oido voces sobrenaturales, recordarle que un sueño había prometido á su abuelo el imperio del mundo. Animado con este presagio, había resuelto establecerse en Europa; y desde el día siguiente, acompañado de treinta y nueve guerreros elegidos, sorprendía el fuerte de Zimbe en la costa de Europa á dos leguas de Galípoli; esta fué la primera conquista de los otomanos en Europa. Un terremoto de los más desastrosos desmanteló varias ciudades de la Tracia y derribó las murallas de Galípoli, llave del Helesponto; de esta manera pudieron los otomanos penetrar en ella sin inconveniente; llamaron á otros turcos; ocuparon los fuertes y ciudades, y cada año se aumentó el número de sus colonias.

Murió Orkan á la edad de setenta y cinco años, después de treinta y cinco de reinado; y habiéndose muerto Soliman ejercitándose en lanzar el djerid (1360), tuvo por sucesor á Amurates I, que estendió sus conquistas sobre toda la Rumania y la Tracia, del Helesponto al monte Hemo, y después á la Bulgaria y á la Servia (1362). En la época del tratado de proteccion que concluyó con los ragusios, no sabiendo Amurates escribir, empapó su mano en tinta y la imprimió en el papel. Adoptaron los sultanes después esta aplicacion á guisa de firma, y los escritores se encargaron de embellecerla con arabescos, enlazando la cifra del príncipe. En fin, dueño de Adrianópolis (1362), estableció Amurates allí la residencia de un gobierno y un culto enemigos del gobierno y del culto de la vecina Constantinopla.

A la aproximacion del peligro, Juan Paleólogo recorrió á Inocencio VI, prometiendo someter su

iglesia á la de Roma; y ofreció el papa proporcionar por seis meses veinte buques de guerra con quinientos caballos y mil infantes; pero los genoveses, pisanos, caballeros de Rodas y el rey de Chipre se hicieron sordos á estas invitaciones. Solamente Amadeo VI de Saboya, llamado el conde Verde, se puso á la cabeza de una expedición contra los turcos, y volvió á tomar á Galtipoli (1366). Poco contento con enviar embajadores á Urbano V, acudió el emperador en persona á Roma (1369), reconociendo la doble procesion del Espíritu Santo y la supremacía de la Iglesia latina; pero la muerte del papa interrumpió toda la negociacion, y Juan Paleólogo quedó de tal manera desprovisto, que sus acreedores le detuvieron en Venecia (1370). Permaneció allí hasta que su hijo vendió para rescatarle lo poco que aun le restaba de su antigua magnificencia.

Amurates.—Obraba Amurates como amo con respecto á Constantinopla. A veces intimidaba á Juan á acudir á su campo con sus cuatro hijos, y ellos obedecían. Pero en lugar de someter esta ciudad, dirigió sus armas contra los esclavos. A menudo hemos tenido que mencionar á los servios, tribu guerrera de los eslavos, que habiéndose arrojado sobre el Imperio Oriental, como los teutónicos sobre el de Occidente, se mezclaron parte por fuerza, parte por concesion, con los habitantes de la decaída Grecia. Los emperadores hubieran podido sacar ventajas de ellos; pero al verles constituirse en un gran imperio entre el Danubio y el Adriático, que parecia destinado á un brillante porvenir, se declararon sus enemigos é invocaron el auxilio de los turcos. Amurates, recordando que el Coran no le concedía más que la quinta parte del botín y de los prisioneros hechos al enemigo, eligió los más vigorosos entre sus jóvenes; estendiendo un dervis sobre la cabeza de uno de ellos la manga de su traje, bendijo en él á todos los demás genzaros. Estos aniquilaron enteramente en Cassovia la liga de los príncipes de Servia, Bosnia, Erzegovina, Albania (1389), á los cuales se habian unido los valacos, los polacos y los húngaros. Entonces perdieron los eslavos su independencia; pero Milosc Kobiolovitz, levantándose en medio de los cadáveres, degolló á Amurates, y el nombre Milosch, repetido en los cantos servios, se perpetuó glorioso como el de Harmodio y de Aristogiton en los cantos de los antiguos griegos, y todavía hoy se cantan allí las glorias del emperador Estéban y de Marcos Craglievitz, cuyo nombre esparció tanta luz en los veinte y siete años que duró el Imperio servio.

Bayaceto.—Bayaceto I, apellidado el *Rayo*, por la energía de su carácter y la rapidez de su marcha, sucedió á su padre Amurates. Comenzó su reinado por hacer estrangular á su hermano Yacub, espediente político que quedó en uso entre los turcos, según el ejemplo de Dios, que no tiene rivales, y siguiendo estas palabras del Coran, que

«la inquietud es el peor de los suplicios.» (7) Lanzándose al momento á nuevas conquistas, sin más consideraciones para con los musulmanes que para con los cristianos, subyugó todas las dinastías de los Seljúcidas (1391-93) y tomó á Filadelfia, ciudad de Lidia, última posesion del imperio griego en Asia; después, volviendo á Europa, sujetó regularmente á los servios y búlgaros, y penetró en la Moldavia. Arrebató á los emperadores todo lo que les obedecía en Tracia, Macedonia, Tesalia; y para asegurar sus comunicaciones entre la Europa y el Asia, estableció en Galtipoli una escuadra que le hizo dueño del Helesponto. Sus soldados estaban sometidos á una rigurosa disciplina y severamente castigados si les acontecia robar en las mieses. Aumentó el sueldo de los cadis para evitar las venalidades y recibió del califa de Egipto la patente de sultan.

Bayaceto se dirigió entonces contra la Hungría; pero el rey Segismundo llamó á toda la cristiandad á defenderse á sí propia, prestando socorro á su reino (1393). En efecto, la flor de los caballeros franceses y alemanes acudieron en su ayuda. Cien mil cristianos que se vanagloriaban, si el cielo llegaba á caer, de sostenerlo con sus lanzas, se encontraron reunidos para rechazar á los turcos. Pero en continua rivalidad por las preeminencias y los títulos, no sabían resignarse á la obediencia. Resultó de ello que su valor, desprovisto de prudencia, sufrió una sangrienta derrota en Nicópolis (27 setiembre), donde quedaron prisioneros los príncipes más ilustres. Puede concebirse el espanto de la Europa. El orgulloso Bayaceto invadió la Estiria, amenazó á Buda, y se jactó de que pronto iría á hacer comer avena á su caballo en el altar de San Pedro del Vaticano. Detenido por un ataque de gota, llamó á los prisioneros, y excepto á veinte y cuatro de los más ilustres, á todos los que se negaron á abjurar de su fe se les decapitó. Diez mil perecieron de esta manera desde el alba hasta las cuatro de la tarde (8); los demás, despues de haber

(7) Otra razon es el enorme gasto que produciría la manutencion de los príncipes, cuyo número es infinito en un pais de poligamia. Tales son las consecuencias de un primer principio erróneo.

(8) La relacion de esta carniceria nos ha sido dejada por Schiltberger, alabardero bávaro, á quien libertó su juventud. Su *Viaje á Oriente* publicado en Munich en 1813, es más estravagante que instructivo. Después de esta manzana acompaña el ejército de Bayaceto, y cae al mismo tiempo que él prisionero de Tamerlan en Ancira. Sirve entonces al vencedor, y á su muerte á Rokh-Chah su hijo. Recorre la Gran Tartaria con un enviado de Idaker-kan, á quien siguió á través de la Georgia y hasta el *Issibur* ó Siberia. Habiendo muerto su señor, anda errante en la Mingrelia, y llega al mar Negro donde encuentra un barco europeo. Un cautiverio de treinta años entre los turcos y tártaros le habia dado un aspecto tan extraño, que no se le quiso creer cristiano hasta que recitó el *Pater*, el *Ave* y el *Credo*. Entonces fue recibido á bordo, y conducido á Europa, volvió á Munich.

sido presentados para realzar el triunfo del vencedor, fueron encerrados en Brusa. Enviaron los príncipes cristianos á Bayaceto regalos por el rescate de los cautivos: Santiago de Lusignan un salero de oro, cuyo trabajo valia más que la materia: el rey de Francia Carlos VI una porcion de aves de halconeria sacadas de la Noruega, seis caballos cargados con paño escarlata fabricado en Reims, y alfombras de Arras. En fin, Bayaceto se decidió por doscientos mil ducados á poner en libertad á los que vivian, entre otros el conde de Nevers, hijo del monarca francés. Mercaderes genoveses salieron fiadores del pago por el quintuplo de la suma convenida. Antes de marchar pudieron los prisioneros ver la corte de Bayaceto, que empleaba en sus cacerías siete mil monteros y otros tantos halconeros. Habiendo acusado una pobre mujer á uno de sus camarlangos de haber bebido de su leche, le hizo abrir el vientre Bayaceto en presencia de los prisioneros franceses; después, despidiendo al conde de Nevers, le dijo: «Té dispenso del juramento de no hacer armas contra mí; por el contrario, si tienes algun sentimiento de honor vuelve á empuñarlas lo más pronto posible; reune toda la cristiandad y ofrécame la ocasion de adquirir una nueva gloria.

Juan Paleólogo habia debido seguir con sus tropas á Amurates en su expedicion para subyugar á los Seljúcidas de Rumania; pero Andrónico (1373), hijo de Juan, que habia quedado al frente del gobierno, urdió con Sauji (*Contuzza*), hijo de Amurates, una revolucion cuyo objeto era derrocar cada uno á su padre. Fué descubierto su proyecto y se les condenó á perder los ojos por medio del vinagre hirviendo; pero Andrónico quedó solamente bizzo, y Juan, su hijo menor, con la vista débil. Amurates hizo morir á su hijo, y quiso que los padres de los que se habian conjurado fuesen arrojados al Hebro, mientras que él observaba tranquilamente su suplicio y se reía al ver á una liebre (nombre que los turcos dan á los griegos) perseguida por los perros. Arrebatando Andrónico en la fortaleza de Anemas, hizo llegar sus quejas á Bayaceto, quien, volando á Constantinopla, encerró al emperador y á su secundogénito Manuel en la torre, de donde hizo salir á Andrónico para ponerle en el trono. Dos años después, habiendo conseguido Juan Paleólogo el escaparse con ayuda de los genoveses, se refugió en la tienda de Bayaceto, á quien ganó á su causa con la promesa de un tributo de treinta mil escudos de oro, con doce mil hombres de tropas, y entró en su capital.

El pais que conservaba aun el nombre de Imperio de Oriente, no era ya más que un linde de la Tracia, de cincuenta millas de largo y treinta de ancho, con una capital rica aun, de imponente grandeza y digna de su antigua gloria. Entonces fué preciso dividir este miserable pedazo por mitad entre Juan y Andrónico, ocupando el padre la capital, al paso que residiendo el hijo en Selimbria conservó el resto. Habiendo fortificado Juan un puesto de la ciudad, Bayaceto le envió la intimacion de demolerlo: «Si he arrojado á tu predecesor, le escribia, ha sido por mí y no por tí. Si quieres ser nuestro amigo, vete, y te daré la prefectura que desees; de lo contrario, juro por Dios y su Profeta que todo lo destruiré.» Los cristianos respondieron: «Somos débiles, no nos queda ningun lugar donde refugiarnos. Pero Dios ayuda á los débiles y precipita á los poderosos. Haz ahora lo que quieras» (9). Juan apaciguó, no obstante, á Bayaceto, dándole en rehenes su hijo Manuel; y tan despreciado como despreciable, negligente, disoluto, arrastró sus dias hasta 1391.

A la noticia de su muerte, huyó Manuel de Brusa, y acudió á tomar el gobierno. Irritado Bayaceto, le escribió: «Con el favor de Dios, nuestra invencible cimitarra ha reducido á la obediencia á toda el Asia y una buena parte de Europa. Sólo nos falta Constantinopla; sal de ella, y déjanosla bajo las condiciones que quieras, ó tiembla por tí y por tu pueblo.»

Fué mucho para Manuel obtener una tregua de diez años, por treinta mil escudos de oro. Establecióse un tribunal de cadis en Constantinopla, con una mezquita para el culto. Estas concesiones no impidieron á Bayaceto favorecer al príncipe de Selimbria, con quien estaba siempre en guerra Manuel, ni ir á bloquear á Constantinopla. Entonces recurrió Manuel á los latinos, de quienes imploró una cruzada (1397). El rey de Francia envió allí al mariscal de Boucicaut, quien alargó el sitio, y volvió á tomar varias plazas; pero un año después volvió á marcharse por falta de víveres. Manuel, á quien propuso acompañarle á Francia para escitar el entusiasmo, se decidió á seguirle, y abandonó el reino al príncipe de Selimbria, su sobrino Juan (1399). Pero lejos de satisfacer á Bayaceto el triunfo de su protegido, pretendió ocupar á Constantinopla, que sitió de nuevo; y la hubiera tomado, si un enemigo que no aguardaba no se lo hubiese impedido.

(9) DUCAS, XV.